

Cuadernos del Sur

Número 14 ■ OCTUBRE de 1992

Tierra  fuego
del

adolfo gilly

LAS TENSIONES Y LAS CRISIS EN EL MARXISMO

Proverbio del Infierno.

El progreso traza los caminos rectos. Pero las sendas tortuosas, sin progreso, son los caminos del genio.

William Blake

1. El origen de las tensiones y la raíz de las crisis en el marxismo están ya contenidos en la tesis 11 sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*". Se presenta aquí, entera, la conocida contradicción entre el teórico y el político en la cual el pensamiento de Marx vivió y creció, pero que trituro a otros pensamientos, otras personalidades, otros caracteres humanos para quienes la contradicción no es alimento sino muerte.

2. El marxismo quiere ser una teoría de la dominación, de la alienación, de la explotación, de la revolución y de la liberación. El foco de la investigación y la reflexión de su pensamiento sobre la sociedad se ubica en la relación de dominación/sub-

ordinación (social) o en la relación de soberanía/dependencia (política) o en la relación de producción/explotación (económica). Todas ellas, empero, pueden subsumirse bajo el enunciado más general de la primera, velada a su vez por las imágenes y las visiones de las ideologías dominantes.

Ese foco está ubicado así en relaciones de contradicción y antagonismo parcial o totalmente enmascaradas en la vida social. Pero, contradicción fundante de la propia teoría, ese pensamiento no es neutral. En la medida en que se postula como pensamiento *activo*, toma partido, por amor de justicia, por uno de los polos en cada contradicción, y ese es el polo inferior o subordinado. También lo hace, en los términos de la propia teoría, por amor de verdad, pues ése es el polo desenmascarante de la contradicción oculta, aquel cuya actividad social la hará revelarse, el portador de la exigencia de transformación que funda la existencia misma del marxismo.

El marxismo no sólo indaga la contradicción sino que pretende hacerla estallar. De la objetividad del investigador pasa a la subjetividad del actor, no al modo del científico que a partir de las leyes de movimiento de la materia interviene en sus procesos de transformación, sino al modo del participante que a partir de las leyes de movimiento de la sociedad -su sociedad- interviene a favor de lo que en esas transformaciones conviene a una de sus partes. Salto mortal o salto vital, como ustedes quieran. El marxismo, en cuanto teoría que se propone formular leyes generales, pasa sin embargo por encima de la necesaria neutralidad del científico con respecto a su objeto de estudio.

Para unos, esto equivale a la abdicación de sus pretensiones teóricas. Para otros, entre los cuales me incluyo, esa contradicción es la condición misma de su existencia como teoría capaz de aprehender, generalizar y explicar las leyes de movimiento de la realidad social.

Quienes así pensamos, creemos que la fuerza teórica del marxismo -es decir, la permanencia de su capacidad- depende precisamente de que viva en esa contradicción, que si se rompe por cualquiera de sus polos -en palabras simples, por el teoricismo o por el practicismo- lo desintegra como unidad de pensamiento.

Esta es la tensión contenida en la expresión "filosofía de la praxis", y si esta tensión se amortigua o cesa,

muere con ella el pensamiento que le encarna, dejando sólo su cadáver embalsamado como el de Lenin en la Plaza Roja de Moscú.

3. En los *Grundrisse* escribe Marx:

Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados.

La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en que la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales.

La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero.

Tanto las condiciones patriarcales como las antiguas (y también feudales) se disgregan en el desarrollo del lujo, del dinero del valor de cambio, en la misma medida en que a la par va creciendo la sociedad moderna. (Karl Marx, *Elementos fundamentales...*, Siglo XXI Editores, México, 1971, t.l, p.85).

Y en otro pasaje de los *Grundrisse*, en el "Capítulo del dinero", Marx apunta:

Si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas.

Aquí Marx, "abuelo instantáneo de los dinamiteros" (como de Quevedo diría César Vallejo) que quiere hacer estallar la sociedad tal cual es (o filósofo de la praxis, para ponerlo en otros términos), vuelve a aludir a *las condiciones* que permiten el tránsito del segundo estadio de formas sociales (la independencia personal fundada en la dependencia con respecto a las cosas) al tercer estadio (la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos). "El segundo estadio -dice- crea las condiciones del tercero".

¿Cuáles son estas condiciones creadas por ese segundo estadio, la moderna sociedad capitalista "tal cual es", el reino sin confines del valor del cambio, aunque las mantenga ocultas en su seno? Ellas nos permitirán comprender por qué, en las tesis marxistas, el tercer estadio es posible, pero no inevitable. Y por qué, entonces, la coherencia del carácter activo de esas tesis con su propia sustancia como tales.

4. La primera condición es la disgregación de las viejas relaciones de dependencia personal (consanguinidad, fidelidad, lealtad, clientela, amistad, compadrazgo, las que se quiera) por "el desarrollo del lujo, del dinero, del valor de cambio".

La segunda condición es el crecimiento de "la sociedad moderna", la sociedad fundada en las leyes del intercambio mercantil y de la apropiación capitalista, aquella que termina de separar a los productores

de sus medios de producción y transforma al trabajo manual e intelectual en trabajo *asalariado* y en trabajo *alienado*, estableciendo un metabolismo social cuyo mediador general es el dinero.

La tercera condición es que estos modernos trabajadores asalariados constituyen una clase de productores libre que trabajan en cooperación bajo el comando de los propietarios (o de los detentadores) de los medios de producción sociales.

Esta clase social moderna, que no puede existir sin que se cumpla la primera y la segunda condición que a la vez que la engendran la despojan de todo, es la depositaria, la portadora y la encarnación de una relación social *nueva*, la relación de cooperación en el trabajo entre productores libres de todo lazo de dependencia personal.

Esta relación, que bajo la forma de disciplina laboral y pensamiento colectivo requiere siglos para crecer y afirmarse -para hacerse rutina, necesidad y hasta naturaleza- bajo el mando despótico del capital en las condiciones de la sociedad capitalista, es sin embargo la *relación fundante* de la nueva sociedad de los productores libres y asociados.

Allí, y no en su explotación, su alienación, su pobreza o Dios sepa qué, reside el carácter de sujeto focal (no único) de la transformación revolucionaria de la sociedad moderna que Marx encuentra en la clase de los modernos trabajadores asalariados. Ellos son los protagonistas, el sujeto, los portadores de la

relación de cooperación y de solidaridad, del mismo modo como en la sociedad de las relaciones de dependencia personal (el feudalismo, entre otras) otros sujetos sociales, independientemente de su conciencia individual o colectiva en cada época y lugar, eran los portadores y protagonistas de las relaciones fundantes de la nueva sociedad (la capitalista), cuyas "condiciones materiales de producción y circulación" ya estaban contenidas, "ocultas", en "la sociedad tal cual era" (la sociedad feudal, en el caso).

No está, a mi juicio, la raíz de las crisis del marxismo en esta tan mal planteada y mal tratada cuestión del sujeto de la historia o del sujeto de la revolución, que Marx a mi conocimiento nunca formuló en términos tan simplistas. Que luego vengan otros filósofos y, al vaivén de las modas y de las ondas largas depresivas, digan adiós al proletariado (es decir, a los asalariados manuales e intelectuales que no han cesado de crecer como proporción de la población mundial y como portadores de conocimiento), creo que no tiene que ver con un punto de fractura de la teoría marxista - cuyo núcleo fuerte está más bien allí- sino con un área de ruptura de la coherencia intelectual de quienes no llegaron a asimilar aquella tensión del pensamiento marxista de que hablaba al comienzo y entonces viven la contradicción como caída y como tragedia. No los acercó al marxismo su lado activo, sino la curiosidad, la ambición o la piedad:

sentimientos fuertes éstos, pero que, como cualquier otro sentimiento, no aumentan ni tienen que ver con la agudeza de percepción del pensamiento ni con las condiciones de su enriquecimiento teórico. Aquel adiós induce una crisis de pensadores que se alejan de la escuela marxista, algunas de cuyas premisas (no la de la praxis) antes asumieron. Pero no es ésa necesariamente una crisis de la teoría ni su revelador; hasta podría, por el contrario, confirmar algunas de sus por esos pensadores no asumidas premisas.

5. El foco del pensamiento marxista sobre la sociedad se ubica, dije antes, en la relación de dominación/ subordinación como inherente a todas las sociedades divididas en clases, es decir, a todas aquellas donde una parte de la sociedad controla - organización del saber y de la violencia mediante- el plusproducto social proveniente de los productores directos.

La crisis contenida en la tesis 11 estalla precisamente en este punto. El marxismo inspira una acción práctica en la cual toma partido, en la contradicción que es su objeto de estudio, por los dominados contra los dominadores. Esa acción práctica llevó en 1917 a una corriente del marxismo ruso al poder en el antiguo Imperio de los Zares, hoy Unión Soviética.

Primera crisis: ni en la sociedad mundial, ni en la sociedad soviética a mayor razón, el segundo estadio de que hablaba Marx había llegado

a crear las condiciones del tercero. En realidad, si las leyes del segundo estadio -la sociedad capitalista- eran ya dominantes en las puntas dinámicas de la economía rusa, el pensamiento y las relaciones del primer estadio -las sociedades precapitalistas- eran absolutamente mayoritarias en la población y determinante en las formas que tomaban las relaciones de dominación/subordinación (incluida la salarial) y de soberanía/dependencia. A esta contradicción aludían Plejanov y Kautsky cuando afirmaban que Rusia no podría saltarse la etapa del desarrollo capitalista o no estaba madura para la revolución socialista. También la percibió Rosa Luxemburgo pero, otro carácter y otro pensamiento, quiso darle una respuesta activa, es decir, descubrir las condiciones para hacer vivir la revolución en la contradicción.

Lo cierto es, sin embargo, que los marxistas rusos en el poder no encontraron esta respuesta (por múltiples razones, a mi juicio más sociales que teóricas y políticas), pese a que Lenin la buscó desesperadamente, como lo atestiguan sus últimos escritos. Y quienes se convirtieron en los nuevos *dominadores* sobre una sociedad en la cual no había sido posible abrir realmente el paso del segundo estadio al tercero y ni siquiera disgregar, en el intento, los núcleos fuertes del primero. Los marxistas rusos no tardaron en percibir, con asombro y con angustia, con qué fuerza la vieja Rusia se les venía encima, aunque

hubieran podido arrebatar el poder a los antiguos señores opresores.

En ese poder, su práctica terminó por conducir en los hechos a tratar de crear -sin lujo, sin el dinero, sin el valor de cambio como palancas determinantes- las condiciones del segundo estadio: empresa imposible. La disciplina en el trabajo, en lugar de ser impuesta por el látigo objetivo del mercado capitalista, fue impuesta por el látigo subjetivo del estado burocrático. Este se convirtió en el agente del despotismo industrial, ocupando el lugar del capitalista individual y terminando por hacerse acreedor al mismo odio por parte de quienes sienten el látigo sobre sus espaldas, los trabajadores asalariados. Por eso muchos afirman que la empresa soviética no ha sido una de revolución socialista, sino una demodernización capitalista por otros medios.

Esa práctica llevó, por otro lado, a fundar una ficción de relaciones sociales del tercer estadio (un "socialismo") en la persistencia de las condiciones del primer estadio (las precapitalistas) y en un aparato económico correspondiente en grueso al segundo estadio (la industrialización, la conversión forzosa de los campesinos en trabajadores asalariados, la extensión del régimen salarial). Esto condujo a otros a ver en la sociedad soviética una reaparición del despotismo oriental propio de las "sociedades hidráulicas".

Los nuevos dominadores llevados al poder por la revolución convir-

tieron al marxismo en la filosofía de una nueva práctica: la de los dominadores. Es la subversión del marxismo, puesto sobre su cabeza y convertido en una ideología de la dominación y en ideología de Estado. Esta inversión de valores la registrarán ya desde los años 20 artistas e intelectuales soviéticos. La grabará con ironía feroz George Orwell en su 1984.

Otros marxistas, fieles a la tradición original de su escuela teórica, fieles también al doble amor de justicia y de verdad, tomaron partido de un modo u otro por los dominados de la nueva sociedad. Empresa difícil: primero, porque esa sociedad es por fuerza opaca para quienes la prepararon y le abrieron camino en sus inicios; segundo, porque buena parte de esos dominados ve en el marxismo no la filosofía de su praxis, sino la ideología que legitima el poder de su dominadores; tercero, porque estos dominadores los perseguirán en nombre de su misma escuela de pensamiento, el marxismo. Es honor de esos marxistas haber enfrentado esa triple dificultad, cuyos corolarios inevitables fueron la revisión teórica, el aislamiento político y la represión estatal, y haber vislumbrado más temprano y más profundo que muchos las dimensiones, las consecuencias y las contradicciones de esta crisis desgarradora.

La primera gran crisis del marxismo es, entonces, la del marxismo hecho poder. No abandonaré en ella. Quería sólo plantearla en tér-

minos escuetos.

6. *Segunda crisis*: el marxismo, que como teoría de la sociedad aspira a "la dignidad de la práctica" (según escribía Lenin en sus *Cuadernos filosóficos*), funda explícitamente esa práctica en la existencia de una relación social objetiva, la cooperación, y en su corolario subjetivo, la solidaridad, que en la realidad social apenas están, puede decirse, en sus primeras fases y son todavía fuertemente minoritarias tanto en la sociedad mundial como en la conciencia social (aún en quienes viven la relación salarial).

De este modo el marxismo, lejos de ser una obsoleta filosofía del siglo XIX como afirman repetidores de comentaristas no demasiado serios, resulta ser un pensamiento que se adelanta a su tiempo, un pensamiento de los albores de un estadio o de una era social cuyas premisas apenas se han manifestado en algunos países a mitad del siglo XIX y distan mucho de ser dominantes a nivel universal a fines del siglo XX.

Esta teoría habla de una práctica posible, no de una quijotada o una utopía, porque sus condiciones están ya presentes, ocultas, en la sociedad tal cual es. Pero las premisas para la realidad de esa práctica apenas está extendiéndose. Pero entonces ésta es indispensable y al mismo tiempo prematura, casi ubicada en esa penumbra luminosa entre utopía y ciencia, entre presente y futuro, entre realidad y ensueño

en que Ernst Bloch coloca su principio-esperanza.

7. Si la primera de estas crisis madura y estalla a partir de las sociedades postrevolucionarias, la segunda lo hace sobre todo -pero no solamente- a partir de aquellas de desarrollo capitalista intermedio, subordinado, parcial o incompleto, como las latinoamericanas o las asiáticas. Pero esa crisis existe también en las sociedades capitalistas más desarrolladas, en cuanto éstas por un lado son sólo los proyectos hasta ahora más acabados, pero no la culminación, de lo que sería una completa generalización del valor de cambio sobre toda la vida y las relaciones sociales, y por el otro vienen inmersas en una economía mundial en la cual sus rasgos se combinan en un todo único con los de las demás formaciones sociales, numéricamente muy mayoritarias.

Fundar la práctica que aspira a transformar la realidad social hacia una sociedad "fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social" (el tercer estadio según Marx), en las condiciones existentes en sociedades sumergidas todavía hasta el cuello -o mejor, hasta más de la mitad de sus hábitos- en las relaciones de dependencia personal (y en sus formas políticas y sociales de dominación/subordinación), aparece también como una empresa de extrema dificultad: no existe allí, ni de lejos, ese "meta-

bolismo social general", ese "sistema de valores universales, de necesidades universales y de capacidades universales" que Marx define como característico del segundo estadio y condición previa del tercero.

De esta carencia sufren también los marxistas y, ante la ardua dificultad, la crisis se presenta como escisión del marxismo hacia la academia y el libro, por un lado, o hacia la práctica social, por el otro, no como partes complementarias e integradas sino como actividades antagonicas y excluyentes entre sí, cuando no hostiles y hasta enemigas.

A partir de esta escisión en una teoría que por su naturaleza misma no la soporta, todas las derivas son posibles. En unos casos se produce la ruptura con las premisas fundamentales de la teoría y su negación misma. Estos por lo general son los portavoces de la crisis del marxismo, que suelen pasar de la religión al ateísmo con el fanatismo fervor. En otros casos, se llega hasta la negación de toda crisis en el marxismo y se lo afirma como doctrina, como sistema cerrado y aún como dogma (es ~~creído~~ el marxismo, en lugar de teoría, es declarado "ciencia" y se termina por asimilarlo a un positivismo). Estos suelen ser el germen, en nuestras sociedades, de los nuevos dominadores ya establecidos en las sociedades postrevolucionarias, aquellos políticos comunistas o socialistas que en el interior de sus organizaciones reproducen,

sin saberlo, formas de poder pasadas, presentes y futuras, todo en nombre del marxismo como "guía para la acción".

8. Finalmente, ambas crisis remiten a una contradicción más profunda, la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, la síntesis entre saber y poder en la medida en que el saber es propiedad y privilegio. Siendo los intelectuales portadores de la "filosofía de la praxis" en su expresión teórica, y estando tanto de estos intelectuales, no necesariamente por intención o vocación sino por función, entre los estratos de los dominadores de la nueva sociedad y entre las capas dirigentes (*inteligencias*) de las clases dominadas de la vieja sociedad, ese elemento de crisis es connatural al marxismo y no puede sino vivir con él. Pero no es éste el tema de estas páginas.

9. Entreviendo y atravesando esas tensiones, de donde nacerían las actuales crisis, vivió el pensamiento de Marx en su última época, aquella que va de la derrota de la Comuna de París hasta su muerte. En esos años escribió algunas de sus reflexiones capitales sobre esos focos de tensión: las sociedades posteriores al capitalismo y los países atrasados (es decir, lo que era entonces y seguiría todavía siendo hoy la enorme mayoría de la humanidad). Son breves: la *Crítica al Programa de Gotha*, la correspondencia con Vera Zasulich y otros populis-

tas rusos y el prólogo de 1881 al *Manifiesto Comunista*.

Quien con atención, a la luz de las tensiones y las crisis del pensamiento de los marxistas de nuestros días y de los dilemas que en estos países acosan su práctica, vuelva a leer esos escritos, encontrará en ellos no sólo anticipaciones de las contradicciones que en esas crisis estallaron después, sino también las últimas y cargadas pinceladas de un solo y vasto cuadro que este hombre genial pintó y corrigió durante toda su vida, obsesionado por alcanzar la perfección y la transparencia del pensamiento que al fijarse en la tela (en el papel) se congela y decae, sin perderse del todo, como en la aporía, tan amada por Marx, del pintor de Balzac en *La obra maestra desconocida*.

Para no ser desgarrado por esas tensiones que lo habitan, el marxismo mismo, cuya capacidad explicativa como teoría está lejos de haberse agotado -único supuesto en que correspondería hablar de su muerte- sólo puede vivir si aplica sin reservas y sin límites esa capacidad sobre todo lo que aparece como secuela de su propia obra, a las sociedades postrevolucionarias; y si en ellas vuelve a tomar partido, como corresponde a su índole, por los dominados y oprimidos de esas sociedades (y entonces, de todas las demás), según el viejo principio del joven Marx en 1843, para compartir el cual no hace falta ser su discípulo: "la crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de

que la crítica no retrocede ante sus propios resultados ni teme entrar en conflicto con los poderes establecidos".

Pues, como también diría William Blake, *"the tigers of wrath are wiser than the horses of instruction"*.

México, D. F., 22 noviembre 1987.